

SOLIDARIDAD, DE LA IGUALDAD A LA JUSTICIA.

Guillermo Ballenato Prieto. Psicólogo

Cuanta más conciencia tenemos de que todos los seres humanos somos iguales, más natural, necesaria y urgente nos resulta la acción solidaria. La solidaridad es un principio básico que posibilita la convivencia y la organización social y política. Somos seres sociales, necesitamos de los demás, y adquirimos así un compromiso y una responsabilidad personal también sobre sus necesidades, y no sólo sobre las nuestras. Personajes conocidos, como la Madre Teresa de Calcuta, son un referente en este sentido. Pero hay también millones de personas anónimas que realizan actos de solidaridad en la discreción y el anonimato. La solidaridad es propia de cualquier ser humano, y no algo exclusivo de personas especiales por su filiación política, religión, raza, nacionalidad o condición.

Solidaridad implica la adhesión a la causa de otros; es una firme determinación en la búsqueda del bien común. Deriva del término latino *soliditas*, que alude a la cualidad de sólido, compacto y unido, de un conjunto compuesto por elementos de similar naturaleza. El interés por el bien del prójimo lleva a la entrega personal por su causa, pero alentada más por la convicción y la generosidad que por la obligación. La toma de conciencia de las necesidades de nuestros semejantes nos mueve a compartir su carga y a llevar parte del peso que les corresponde.

La cooperación surge de la convicción de que nadie puede llegar realmente a la meta si no llegan todos, tal y como afirmaba Virginia Burden. La acción solidaria supone dar, colaborar, cooperar y contribuir. Se trata de buscar lo que es bueno para todos los seres humanos en tanto que iguales en dignidad y derechos. El criterio de igualdad es el punto de partida, que deriva necesariamente en generosidad, fraternidad y ayuda mutua. Además de una responsabilidad compartida es una cuestión de justicia, de querer dar a cada quien lo que le corresponde como ser humano. Y justicia no es sólo no hacer lo que no se debe, sino hacer también lo que es debido. La solidaridad nos permite también devolver a la sociedad parte de lo que de ella hemos recibido, por ejemplo, en educación, sanidad, trabajo, desarrollo, tecnología o seguridad.

Parecemos inmunizados ante el aluvión de injusticias que vemos a diario en las noticias y a nuestro alrededor. Hay escenas sobrecogedoras, de catástrofes, guerras, asesinatos y violencia. De jóvenes que se divierten pegando a los sin techo, a menores y a personas indefensas, que graban estas escenas y las envían a través del móvil o las cuelgan en Internet. Vemos también mensajes que animan al consumo y rinden culto a la imagen, mientras millones de personas están muriendo sin lo más básico. Aturdidos por el lujo, la comodidad y la opulencia, se desdibujan ante nosotros las acuciantes necesidades sociales. Hay fuerzas poderosas -sociales, culturales, étnicas, políticas y económicas- que pueden bloquear la solidaridad colectiva, pero que no deben frenar nuestra solidaridad individual.

Solidaridad no son sólo ideas, reflexiones y palabras. Es acción, participación real y ayuda verdadera. No basta con lamentar las injusticias. Cuando señalamos con el dedo índice, los otros dedos de la mano parecen estar señalándonos a nosotros. Tenemos que hacer algo. Para ser solidario es suficiente con que exista una persona necesitada y otra que pueda ayudar de forma desinteresada, sin recibir nada a cambio, y sin que lo sepa a veces ni la persona que recibe la ayuda. Allí donde hay una necesidad aflora la solidaridad: pobreza, hambre, desempleo, vivienda, infancia, mayores, enfermedad, discapacidad, educación. Los recursos económicos y materiales pueden paliar algunas de estas necesidades, con ropas, alimentos y medicamentos, o viviendas, escuelas y hospitales. Pero también son necesarios los recursos morales, espirituales y emocionales. La comprensión o la compañía son también actos de solidaridad. Las diversas organizaciones, el voluntariado, el asociacionismo, son cauces que hacen posible muchas de estas ayudas.

Sin embargo, la solidaridad no debe ser tan sólo una reacción ante desastres o situaciones especiales, sino una disposición continua. Es una actitud diaria, un compromiso constante y cotidiano del ser humano con sus semejantes, con las personas más cercanas, con toda la sociedad y también entre sociedades. Más allá de fronteras y naciones, además de paliar necesidades puntuales, debe contribuir a proporcionarles las condiciones que garanticen su desarrollo futuro.

La acción solidaria es un camino que nos lleva del egoísmo al altruismo, del yo al nosotros. Lo habitual es preocuparse por quién nos ha ayudado a nosotros, pero deberíamos plantearnos invertir esta cuestión: ¿en qué somos útiles a los demás? Poder dar una respuesta positiva diaria a esta pregunta nos puede serenar y engrandecer el espíritu. Afirmaba Platón que buscando el bien de los demás, encontramos también el nuestro. Y Aristóteles proponía igualmente que la verdadera felicidad consiste en hacer el bien. El sentimiento de utilidad aporta bienestar al individuo. Ayudar a los demás es también una forma de ayudarnos a nosotros mismos.

La solidaridad es una energía que fluye y crece, y que dignifica al ser humano. Si queremos contribuir a un mundo mejor debemos revisar nuestros valores. Tal vez nuestra solidaridad esté adormecida por el confort aparente de la sociedad del bienestar. Para despertarla basta con acercarse allí donde se necesita ayuda, ver las noticias del mundo como algo que nos compete y sobre lo que podemos y debemos intervenir, y observar también con detenimiento la realidad que nos rodea. Muchas veces la persona que necesita de nuestra ayuda está más cerca de lo que podríamos imaginar.